

V. Blasco Ibáñez  
La revolución  
(*El Pueblo*, 21-12-1894)

Parece como que el republicanismo español ha cobrado nuevos entusiasmos en vista de las circunstancias.

La revolución es una palabra que está en los labios de todos los que aman la República. No existe hoy un republicano que defienda públicamente la evolución lenta y pacífica como medio para hacer triunfar nuestros ideales.

Todos los republicanos ven, por fin, en la revolución el único procedimiento para el triunfo. Lo único que nos diferencia es que unos creen que bajo esta Restauración, todos los momentos son buenos y las circunstancias propicias para apelar al derecho de la fuerza; y otros, después de proclamar la necesidad de la revolución, salen a última hora con la advertencia de que aquella solo es posible cuando la opinión esté bien preparada, y no se puedan salvar legalmente los obstáculos que la monarquía opone al progreso nacional.

Esta teoría sería muy respetable si algún sabio físico hubiese descubierto un termómetro para medir los grados revolucionarios de la opinión pública, o sea el momento de apelar a la fuerza; pero como esto no existe, de aquí que, bien pudiera resultar que los que de tal modo se expresan, se llamen revolucionarios para pasarse la vida sin hacer nada, asegurando siempre que el país no está preparado para la revolución.

En países como el nuestro, donde existen gobiernos que a nombre de la libertad ejercen una verdadera dictadura, hay que ser enemigos francos de la revolución o partidarios de ella. No cabe la condicionalidad, tratándose del procedimiento revolucionario.

¿Es necesario repetir que una forma de gobierno nacida del golpe de Sagunto debe morir a viva fuerza? ¿Hay algún otro camino fuera del revolucionario para cambiar las formas de gobierno? Inútil es demostrar la legitimidad de la revolución en las presentes circunstancias. Y cuando se cree en la revolución, debe estarse dispuesto a ir a ella en todas las circunstancias, y debe hacerse propaganda por una política de violencia a todo trance.

Pero amenazar con la revolución a los monárquicos, y después, en los *meetings* republicanos, decir que todo ha sido una broma para asustar a los enemigos, nos parece poco serio.

Y digamos, imitando a Salmerón:

—La revolución es tan sagrada, que hay que sentirla en el corazón, y no tenerla en los labios como el medio de alcanzar aplausos.